

Victorino Terradillos Ortega

OTRA VEZ LA PALABRA

Ilustraciones de ANTONIO OTEIZA

Prólogo de MARÍA ÁNGELES ÁLVAREZ



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°102—
MADRID • MMXX

De la obra © VICTORINO TERRADILLOS ORTEGA

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Ilustraciones interiores y de cubierta © ANTONIO OTEIZA

Del prólogo © MARÍA ÁNGELES ÁLVAREZ

Fotografía del autor en solapa © MARLENE SUÁREZ FRANCIA

Coordinadora © MARLENE SUÁREZ FRANCIA

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Marzo 2020

I.S.B.N: 978-84-121309-5-9

Depósito legal: M-8465-2020

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

por MARÍA ÁNGELES ÁLVAREZ

La búsqueda de la palabra para expresar la vida que se manifiesta a nuestro alrededor es la tarea de los artistas, de los contemplativos, de los poetas. Abrir las puertas de los lectores, espectadores, oyentes a una realidad que existe más allá, habitando en sombras, figuras en fuga, reflejos cristalinos, plantas, personas, ríos y mares.

Este es el mundo que nos abre este poemario ilustrado con los dibujos del gran artista Antonio Oteiza. Los versos de «Otra Vez la Palabra» van contando lo que el pintor retrata en cada dibujo, ese arte que se basa en lo vivido, y que a través de las sombras nos lleva a buscar la Belleza que nos rodea. El lenguaje acompasa las intuiciones de la pintura, del habla.

El poeta va, verso a verso persiguiendo la vida que se escurre y en fuga avanza ante él. Palabras que van pintando poco a poco lo vivido, en una especie de vidriera de luz, compuesta por muchos cristales de colores. Así aparece el día a día contemplado con los pies

descalzos del que va a su vez caminando lentamente, hundiéndose en cada barro del camino, arañándose con las peñas, sumergiéndose en el fondo del vendaval del amor.

Tras la línea de cada verso aparecen los personajes de su mundo interior, el santo que era como un manojo de ramas retorcidas y que tenía las manos llenas de ternura y de luz, San Pedro de Alcántara y su amiga Teresa de Jesús, avanzando entre los versos, tomando vida en los resquicios de las palabras dichas. San Francisco y lo natural estampado en su palabra, Santa Clara, la fe, la belleza y la paz.

Pero entre todo este mundo de palabras y de sombras, aparece el Amado, al modo de los místicos. El que empuja, atraviesa y eleva cada momento. El que amasa el pan y lo reparte, el que espera, ilumina cada candil y cada vela. Aquel al que cantaba el pájaro solitario de San Juan, y que muestra su rostro tras la faz brillante de cada cascada de agua del arroyo cristalino que tras el monasterio comienza a brincar, acompañando rítmicamente los versos de Victorino.

La luz de la vidriera se junta con el sonido cadencioso de cada suspiro, de cada palabra encadenada, de cada salmo recitado en lo hondo del corazón. Así vuelven a la vida las palabras dichas cuando los pueblos avanzaban por el desierto buscando casa y buscando la luz. El ritmo de cada oración, meditando cada día de la semana lo vivido dentro de una cadena que ata a cada ser a una fuerza vigorosa que da sentido a la palabra arañada de luz.

La voz de la naturaleza salta entre chispas algunas veces, te sumerge en la búsqueda del creador de todo, buscando en lo que va reflejando el cielo, un rostro, unas manos, un corazón. Así como Oteiza contempla el arte, como parte de la sangre, como íntimo reflejo de su corazón, vivido y lleno de verdad interior, así se junta la palabra.

Toda palabra dicha, escrita o callada, es para el poeta un regalo que se debe disfrutar en silencio, tomándolo en las manos, saboreando todo su sentido, buceando por las sombras y matices que va viendo cuando la luz del día se mueve entre sus dedos. La palabra como expresión del amor del que se entrega, del que se busca, del que algunas veces encuentra su rastro en la vida.

Decía el Santo Pedro de Alcántara que antes de entrar en la meditación es necesario aparejar el corazón, para templar por dentro todo con mesura como quien temple la vihuela para tañer. Así considero que hay que acercarse a la poesía, afinando nuestros sentidos para seguir al poeta en sus vuelos sonoros, entonando con la lectura de sus versos una nueva canción.

NOTA DEL AUTOR

La palabra tiene volumen, sabor, fuerza y creatividad, se puede asemejar a una pintura, a una buena arquitectura, a una ciudad amenizada por toda clase de personas, figuras y estilos, a un templo abierto que da al mar o que se recoge en el silencio de unas ofrendas.

Todos estamos habitados por la palabra, una riqueza que aún no se ha llegado a valorar tanto como el oro o las piedras preciosas, pero que posee más energía, más fuerza de persuasión y cambio que cualquier arma, el fuego o el viento.

Hemos sido regalados por el don de una palabra, de la verdad, del sonido, de la figura, de la señalización de las piezas del museo, de la creación entera, de los ríos que hemos visto. Todo nos ha entregado su virtualidad y esencia, su ejemplo, su inquietud en palabra, en un sonido, en una presencia que grita continuamente su identidad, su personalidad, su entraña más profunda. Nos llega todo envuelto en palabra, en corporeidad, en existencia.

Cuando entramos en diálogo con alguna persona, nos está hablando con su palabra de verdad, de conocimiento, de identidad, y, nosotros entregamos la palabra

como la mejor levadura interna de nuestro ser individualidad, y ahí hacemos que crezca la masa, se forme la novedad de los demás, se dé un intercambio de vida posible.

Habría que examinar hasta el detalle cómo es la palabra que nos dan, qué contenido posee, qué finalidad busca, con cuánto calor y cercanía llega a nosotros. Pues, no es el sonido lo que únicamente debemos percibir, sino el calor envuelto en sinceridad, la cercanía próxima sin esquinas.

Cuando encuentro palabras en el libro, en el poema, en el cuadro, en la exposición, en el canto, en el mundo que está abriéndose de par en par en palabra, debo percibir con cuánto cariño está dicha la sentencia, la palabra, el mensaje, el sonido, el escrito, lo leído, la voz misma que se acerca en el saludo de la sabiduría. Es la alegría o melancolía, la cordialidad o el espanto, el poder o el abrir la mano a una donación legítima y religiosa, llena de respeto y valoración.

Hoy, y todos los días, estoy en el ámbito, encima de los puentes que traen la riada de la palabra, y no dejo de admirarme de la cantidad de palabra que pasa por estos cauces continuamente, y llegan desde todos los manantiales, de la existencia de todo, de todos los lugares, personas, situaciones, clases y memorias.

Nadie tiene exclusividad del pensamiento, del amor, de la palabra, de la religión, del saber, del sentir, del amar, del poder, del hacer, del hoy y del mañana. La palabra es un cosmos de todos, donde cada cual vive y nada, se regocija, recrea, goza, descubre, investiga,

encuentra, deja un futuro, con la misma luz que recibió de un pasado hecho por la palabra.

Queda un espacio aún muy vivo para la palabra. Una vez más, otra vez más. La palabra que cae como semilla, y se planta como árbol, y se entrega como abrazo caluroso.

Por una vez más, es puesta la palabra en el mundo, en la música de una canción posible, en el universo que se está renovando continuamente con la palabra de todos y el silencio.

Con veneración y generosidad quiere ser presentado este haz de palabra, la gavilla que aún no se ha quemado con los demás sarmientos. Las palabras unidas, para todos, como en una mesa donde nos reunimos los comensales de todos los lugares, donde se ama, se goza y se llora. Palabras que están unidas al juego, al amor y a la muerte.

I

Tornear la Palabra



POR SEGUNDA VEZ

Por segunda vez digo palabras,
tan redondas como las piedras, tan hirientes como
los sílex,
tan cortantes como las flechas.
Son palabra de palabras oídas, vistas en los caballetes
de los pintores,
en los murales de Siqueiros, en los museos.

Es la palabra ¡por segunda vez!,
que lanza la honda para llegar hasta la otra ribera del río.
Tomé el sonido del juego, del chillido,
de la brisa, del dolor, de la caricia.
Porque todo viene envuelto en la palabra humana, en
el universo,
en este cosmos sufriente que le gustaría aparecer risueño.

Tomo la palabra del juego, del amor, de la muerte.
Viene dicho en figuras y adornado de hojas de man-
zano,
de colores del granado,
del perfume del níspero en flor, del eucalipto.
Pero no pierde nunca la sencillez de la palabra tal
como es, en su sonido,
en su grafía, en su origen griego o latino, árabe o sajón.

Por segunda vez dejo clavada la palabra en el aire,
en los oídos, en la Humanidad y el Universo, en el
lecho del río,
en las corrientes talúdicas y en los neveros.

Va la canción y la lectura dicha y cantada desde
el hondo del diccionario,
de la vida, de vosotros que pasáis por los mismos
caminos de piedra, sueño y esperanza.

¡Me gustaría dejar un cuadro con caballos azules,
perros amarillos, señales de los seres, montones y
pinceladas sueltas de azul,
amarillo, rojo, verde! Como está concebido el Universo
desde su origen, ¡tan bello y tan cercano!

ELOGIO DE LA PALABRA

Ninguna fragua retuerce y elabora las rejas tan barrocas y lineales como lo logra la palabra.

Aún no he encontrado más impulso de creación que en la palabra;
más que en las filacterias, en los sombreros,

en los primeros puestos, en las bocinas de las plazas, en los altavoces de las ferias,

en los caballitos voladores, en los coches de primera gama, en los pilotos de fórmula uno.

Me impresiona siempre la palabra,
por su origen, formulación, timbre, tono, mensaje, ocasión, pintura, eje de hierro, pozo, verdolaga, alcatraz, simetría, ondulación, cultivo, soldadura.

He creído que la palabra tiene más fuerza que un supersónico, un viaje extraterrestre, la torre más alta del mundo y el reinado de dólares de petróleos,
más que los sistemas de comunicación de mensajes con mil megavatios, espejos cóncavos, estudios químicos.

La palabra ejerce, taladra, fustiga, concava, levanta presas
y las prisiones más cerradas;
no tiréis las palabras a los cerdos, ni a los leones
hambrientos,
ni a los perros, a los bosques que arden, a las retamas
hechas pavesas.

Guarda tu palabra
para soltarla libre cuando te mueras, y que esté dando
vueltas por el arco del mundo,
fuera del arca del diluvio, como una paloma
con ramo de olivo,
por los montes y los precipicios, por las culturas
más vastas,
por los orígenes de la edad del bronce y de la piedra,
por el paleolítico.
Palabra salvaje. Palabra fuera de la cueva del cazador.
Palabra grito y hondura.

DE NUEVO

Mi carne se hinche otra vez con tu palabra
lo mismo que la nave con el viento en la lona;
otra vez germina la simiente en primavera
y se abre la tierra como se rompe el pan.
Es otra vez. Otro vuelco al surco en sementera
donde yació escondido el grano del otoño,
allí donde nadie miró, en las raíces,
y viene el tallo nuevo por el calor y el agua.
¡De nuevo! Por el aliento vivo de tu palabra
me llega otra vez la vida a borbotones,
la esperanza y el gozo que no mueren
porque saltan de tu verdad dicha a la persona.
Siempre otra vez, siempre de nuevo,
la palabra será vida del alma,
resucitar de granos de la espiga, enterrados,
y de llenarse de germen hasta lo más profundo,
donde nadie pensó que estaba el esperar.
Siempre, otra vez, otra vez, siempre,
cuando tu palabra me llegue a los oídos,
se levantarán los tallos hasta el firmamento.
Y no dejarán que se marchiten tus palabras
los temores que invernaron hace tiempo,
porque vienen cargadas con el fuego
de una verdad que sólo tú posees.

¡De nuevo! ¡Otra vez! Se debe a tu palabra
que deshiela, resquebraja la losa,
hasta la esperanza más infinita eleva el agua del sueño,
y deja caer la venda ennegrecida.
¡Oh! Tu palabra, estando siempre creadora.
Tú que eres Palabra, una y otra vez, y siempre.
La oigo. Es la palabra que quita de los ojos mis escamas.
¡Oh! Siempre, dentro y a los lados, en la profunda llaga.

S O B R E L A S E D

Me moriré de sed tras ti, Señor,
corriendo peña arriba como un gamo,
reseco como el río de reclamo
con las fauces abiertas hacia ti.

Me muero por la sed calenturienta, Señor;
una fiebre que escala mi frontera
y me baña en sudor de torrentera
por ti. ¡Oh! Mi cárcel y condena

de oír que vaya a ti quien sed no pueda
apagar en aljibes tallados en la piedra,
o quien quiera llenar su cántaro de barro,
sin dinero, de balde, de manteca.

La sed la da el amor, y el amor produce
sed cuando a mí llegas, me llagas
con tu beso que me abrasa,
con el abrazo, con tu boca.

¡Oh sed!
De amor está brotando más deseo.

EN MEDIO DE TU TEMPLO

En medio de ti, espejo claro,
vidriera de transparente agua de cristal,
luz encendida, vidrio de amor, topacio,
fuego de amatista.

En medio de ti, tú que soy yo,
canto la llanura y altura de tu campo. Flor,
color rebosante, abrazo y alimento.

Me han puesto en medio de ti los amadores,
los claros esplendores de su boca,
el perfume tan fino de tu nardo, la mirra,
las palabras melífluas,

las acciones, el susurro, su cabello, sus labios,
los planteles y las viñas podadas,
las sendas de la verdad desparramada.

La voz se oye palpitar en la bóveda;
doy palmas, grito, subo el tono, acaricio,
me subo a tus racimos de oro y plata.

Tomo mosto, dejo el vaso, fermentan las caricias,
arrulla la paloma, sueltan los cazadores sus saetas,
el águila real planea sobre la cabeza.

¿Quién me ha puesto en medio de ti,
templo bendito de jaspe, esbelto corredor, laguna y lago,
templo de soledad y beso, manantial de corderos,
leche y seno, luz que eres tú, plenitud que eres tú,
vida que eres tú, cosecha de espigas que eres tú?

El gozo se espesura en medio de ti.

Pan, hermosura de Dios, odre nuevo, cepa y raíz,
sarmiento lleno, cayado de pastor, lámpara de fuego,

paseo de mi huerta, ciprés, aire y espacio eterno,
basa y arquitrabe, plinto y coronamiento del capitel,
mezclado y espaciado, un logro espacio de silencio.

¡Oh! Carne de mi templo. ¡Oh! Sangre de tu cuerpo,
en medio de ti cuelga el Cordero, degollado,
más que herido,
lámpara. Luz que llena de claridad nuestro recinto.

La melodía no cesa, el gloria es sempiterno,
la postración de ropas, el coro vivo, los pífanos.
No cesa ya, las puertas se entreabren
para toda la naturaleza.

Al abrirse las puertas de tu Templo
nos han pasado del atrio al altar, descalzos,
hasta la zarza ardiendo, donde Moisés y los Profetas.